

SOLLEMNITAS
NATIVITATIS
DOMINI NOSTRI
JESU CHRISTI
2008

OOFM
000
1209-2009

Litteræ
Ministri Generalis
Ordinis Fratrum Minorum

“Y, siendo sobremanera rico, quiso escoger la pobreza en este mundo” (2CtaF 5)

Queridos hermanos y hermanas:

Es Navidad: la fiesta de las fiestas para el padre San Francisco (2Cel 199). Es Navidad: finalmente Dios ha plantado su tienda entre nosotros, desposándose para siempre con la humanidad (cf. Jn 1, 14). Es Navidad: “cuando llegó la plenitud de los tiempos”, la omnipotencia y soberanía de Dios se ha revelado en un niño (cf. Gál 4, 4). “Alegrémonos y gocémonos” en el Señor (cf. Ap 19, 7).

Hagamos fiesta: la Palabra se hace *carne*. Con Hrazón es *Noche Buena*. En este día, *hecho por el Señor* (cf. Sal 117, 24), brote del corazón y de los labios de cada hermano y hermana un canto de gozo, pues el Poderoso, *cuyo nombre es santo*, ha hecho cosas grandes por nosotros, y *la gloria del Señor habita nuestra tierra* (cf. Sal 85, 10).

En este *tiempo de gracia* miremos, hermanos y hermanas, al *Poverello* para aprender de él a acoger y celebrar el misterio de la encarnación y del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

“Y el Verbo se hizo carne” (Jn 1, 14)

El Hijo de Dios se hizo carne, asumió nuestra naturaleza humana en su debilidad y fragilidad. Finalmente el proyecto divino se ha realizado en un hombre, es visible, accesible, palpable (cf. IJn 1, 1-3). El Verbo encarnado no es un mito, es una persona, que se insertó totalmente en la historia humana, asumiendo nuestra misma carne. La vieja Tienda del encuentro, morada de Dios entre los israelitas durante su peregrinación por el desierto (Ex 33, 7-10), ha sido sustituida definitivamente. Desde ahora la tienda de Dios, el lugar donde él habita en medio de los hombres, es una persona, una “carne”, y se llama “Emmanuel [...] Dios con nosotros” (cf. Mt 1, 23).

Los profetas habían anunciado días de ira (cf. Is 34, 2), de juicio (Is 3, 13), de venganza (cf. Jer 5, 9), y de castigo (cf. Is 26, 21). Se podría decir que Dios había perdido la paciencia, y al hombre pareciera que no le quedaba otra salida que hundirse en el polvo (cf. Is 2, 10). Y cuando parece que todo había terminado, Dios toma la iniciativa: “Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is 9, 5), es el “Hijo del Altísimo”, cuyo nombre es Jesús, el Salvador (cf. Lc 1, 31-32). Esta es la gran sorpresa de la Navidad: el día que teníamos que rendir cuentas, “se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres” (Tit 3, 4). Y aquí está también la “noticia, motivo de alegría” de la Navidad

(cf. Lc 2, 10): “Con amor eterno te he amado” (Jer 31, 3), ¡tú has vuelto a ser alguien porque alguien te ama!

A un cierto momento de su vida, Francisco descubre el significado profundo de la encarnación del Verbo: el Padre ama tanto a la humanidad que envía al Hijo. Desde entonces ese misterio de amor será para él motivo de contemplación constante, porque no deja de asombrarle y, al mismo tiempo, de entusiasmarle: la “Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, fue anunciada por el mismo altísimo Padre desde el cielo, por medio del santo ángel Gabriel, [y vino] al seno de la santa y gloriosa Virgen María en el que recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo sobremanera rico (cf. 2Cor 8,9), quiso escoger la pobreza en este mundo, junto con la bienaventurada Virgen, su madre” (2CtaF 4-5). Misterio de amor, de pobreza extrema y de humana fragilidad, eso es la encarnación, el misterio que celebramos en estos días de Navidad.

Por la encarnación, el Hijo de Dios, sin dejar de serlo, asume todas nuestras debilidades, excepto el pecado, y el que era sobremanera rico, se hace pobre y siervo por nosotros (cf. Flp 2, 5-8), para redimirnos por su pasión y muerte: “Y te damos gracias porque así como nos creaste por tu Hijo, así también por el santo amor con que nos amaste (cf. Jn 17,26), hiciste que él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz y sangre y muerte” (IR 23,3). Aquí está la razón más profunda por la que Francisco amaba la Navidad más que las demás fiestas. Aquí está la única razón que justifica el que celebremos la Navidad: El Padre ha querido salvarnos y redimirnos, por eso nos envía al Hijo.

Pero Francisco no sólo se queda en la admiración, sino que la contemplación de este misterio de abajamiento y humillación es determinante en su modo de seguir a Jesús: “La suprema aspiración de Francisco, su más vivo deseo y su más elevado propósito, era observar en todo y siempre el santo Evangelio y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención, con todo cuidado, con todo el anhelo de su mente, con todo el fervor de su corazón. En asidua meditación recordaba sus palabras y con agudísima consideración repasaba sus obras. Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa” (1Cel 84). Para comunicarse a los hombres, la Palabra ha escogido la *kénosis*, el anonadamiento, el vacío, el despojo. El camino que trae Dios a los hombres empieza en Belén y termina en el Calvario, comienza en el

pesebre y termina en la cruz. Esto lo entendió muy bien Francisco. Desde entonces ya no hay otro camino para que el hombre se pueda comunicar con Dios, ya no hay otra manera de celebrar cristiana y franciscanamente la Navidad que no sea vaciándonos de nosotros mismos, asumiendo la minoridad como la forma concreta que califique todos nuestros ministerios (cf. *El Señor nos habla en el camino*, =Shc, 28), y la *lógica del don*, como capacidad de salir de nosotros mismos para ir al encuentro del otro, del distinto, como entrega gratuita a los otros, similar al constante entregarse de Dios a nosotros (cf. *Shc* 22).

“Os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo” (Lc 2, 10)

Los relatos evangélicos destacan la alegría y el gozo que trae consigo la encarnación del Señor. Fue María la primera en recibir con alegría el anuncio del ángel Gabriel, y su *Magnificat* presagia el gozo de todos los *anawim*. Juan Bautista salta de gozo en su presencia cuando aún está en el seno de su madre (cf. *Lc* 1,44). La encarnación es motivo de gozo para todo el pueblo (cf. *Lc* 2,10).

También Francisco “celebraba con inefable alegría el nacimiento del niño Dios” (*2Cel* 199). “Quería que en este día todo cristiano saltara de gozo en el Señor” (*EP* 114). “Este es el día que hizo el Señor alegrémonos y gocemos en él” (*Ofp* 25). La Navidad era, pues, día de alegría para Francisco. Pero la alegría de la Navidad, la alegría cristiana, no es como la del mundo, que pretende encontrarla en la acumulación de disfrute, en la diversión, en los regalos, en el consumo... El gozo de la Navidad surge de la admiración y el agradecimiento por el abajamiento del Hijo de Dios, por haber tomado la fragilidad y humildad de nuestra carne, por haber escogido la pobreza de este mundo, junto con la bienaventurada Virgen, su madre (cf. *2CtaF* 4-5). Por este motivo, para Francisco la verdadera alegría se alcanza recorriendo, como Jesús, el camino del desprendimiento y de la donación total. Porque la pobreza es el camino salvador y redentor que condujo a Jesús a nosotros, por eso la celebración de la Navidad produce un gozo distinto: *el gozo de la pobreza*. He ahí la fuente de la verdadera alegría navideña: el sentirnos tan pobres que necesitamos de alguien que nos salve, y haga que nuestra *esterilidad* sea fecunda, como fecunda fue la esterilidad de Alcaná y Ana (cf. *ISm* 1, 1-20). Sólo así seremos también nosotros, como lo fueron Isaac, Sansón y Samuel, hijos de la gracia de Dios, *hijos de Dios* (cf. *Jn* 1, 12).

Este modo de entender y de vivir Francisco la Navidad nos ha de llevar a una revisión profunda de cómo vivimos este importante tiempo litúrgico, pues puede que nuestra celebración de la Navidad

sea un tanto ambigua. Y así, junto a valores como el fomento de los encuentros familiares, la mayor predisposición a compartir y a reconciliarse, el reavivar los sentimientos de fraternidad universal, las hermosas celebraciones litúrgicas y la transmisión a los niños de aspectos importantes de la fe por medio del Belén, nos encontramos con un consumismo y derroche desmesurados que ignoran a gran parte de la humanidad que vive con lo imprescindible o con menos que eso, y que igualmente ignora el deterioro ecológico que ese consumismo produce. Quizás está ahí el vicio de fondo de nuestra fiesta: celebramos nuestra Navidad, y no la suya. Quizás hemos deformado la Navidad. Si esto fuera así, hemos de recuperar el modo franciscano de celebrarla.

Navidad es movimiento, ganas de abandonar los cómodos parajes. Vivimos la Navidad sólo si aceptamos dejarnos desinstalar, si vamos donde él está. El Emmanuel, el Dios-con-nosotros, es el Dios que se hace buscar, y se deja encontrar sólo por los que saben que son pobres. Permitidme una pregunta que me la hago a mí mismo: ¿Y si alguien nos pidiese que le contáramos nuestra Navidad, dejando a parte los regalos, el menú, las tarjetas...? Quitada toda esa mercancía, ¿nos quedaría algo nuevo que contar? También Navidad puede ser un tiempo propicio para escuchar la advertencia de san Pablo de no acomodarnos a los criterios de este mundo (cf. *Rom* 12,2), y vivir esta fiesta de tal modo que resulte un “patente testimonio profético contra los ‘falsos valores’ de nuestro tiempo” (*CCGG* 67).

“Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, la humildad es valorada” (1Cel 85)

El relato del pesebre que Francisco preparó el día de Navidad en Greccio, describe a Jesús en el misterio de su humildad y su pobreza, de su exclusión e indefensión, usando expresiones como “invalides del niño” (*1Cel* 84), “rey pobre” (*1Cel* 86), “pequeña ciudad” (*1Cel* 86), pesebre, heno, buey y asno...

En Greccio, junto a Francisco, aprendemos a mirar, comprender y sentir de otra manera. Acostumbrados a mirar lo que destaca, lo que da prestigio, se nos pide descubrir y dejarnos vivificar por la presencia misteriosa y silenciosa de Dios en lo pequeño y escondido, en lo sencillo, pobre y humilde de nuestras vidas y de la vida. Se nos invita a acercarnos a ese niño desde la ternura y la pobreza y no desde la agresividad o la prepotencia. Para encontrarnos con el *recién nacido* no hay otro camino que hacernos sencillos y pequeños, como María, José, y los pastores.

Greccio y Belén son una llamada a ser fieles a una dimensión esencial de nuestra *forma vitae*: la minoridad. Las *Constituciones Generales* nos

dicen: “Para seguir más de cerca y reflejar con mayor claridad el anonadamiento del Salvador, adopten los hermanos la vida y la condición de los pequeños de la sociedad, morando siempre entre ellos como menores” (CC.GG. 66,1; cf. CC.GG. 97,1). Greccio y Belén son una llamada a “vivir el Evangelio como menores entre los menores” (Shc 33). Greccio y Belén nos llaman a observar los acontecimientos y a leer la realidad desde los pobres (cf. CC.GG. 97,2) y a aprender de ellos (cf. CC.GG. 93,1) porque es así como verdaderamente les podremos servir.

“Quería que en este día los ricos den de comer en abundancia a los pobres y hambrientos” (2Cel 200)

Otro aspecto importante de los relatos de la Navidad de Francisco es el gozo por la manifestación histórica de la dinámica del don de Dios a la humanidad.

En Belén nos encontramos con *la lógica del don* (cf. Shc 19-25). En Jesús “ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre” (Tit 3,4-5). En Jesús “ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres” (Tit 2,11). Ante ese don extraordinario de Dios a la humanidad, brota el estupor, el agradecimiento y la alabanza, pero también la respuesta desde *la lógica del don*. Si Dios nos ha dado todo y se ha dado a sí mismo en su Hijo, nosotros somos invitados también a entrar en un movimiento de restitución, a darnos totalmente a Él (cf. IR 17,17), e igualmente a “entregar y entregarnos gratuitamente a los otros, a través de un movimiento del don, que es similar al constante entregarse de Dios” (Shc 22).

De este modo la celebración de la Navidad ha de activar en nosotros la puesta en práctica de algunos de los medios que nos hemos propuesto en el

proyecto *La gracia de los orígenes* para los años 2008-2009: Cuidar que toda Entidad establezca formas concretas de expropiación y de restitución de nuestros bienes a los pobres, que son nuestros maestros y señores; verificar en cada Fraternidad local el uso de nuestros espacios, buscando realizar opciones solidarias y generosas en el compartir; y colaborar activamente en el Fondo solidaridad que se ha abierto en la Curia general para salir al paso de necesidades urgentes, tanto dentro como fuera de la Orden.

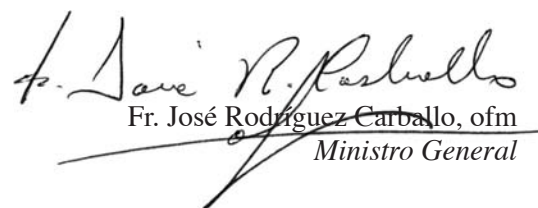
Conclusión

Hermanos y hermanas: la Navidad de este año está envuelta en el oscuro manto de la crisis económica. Esta situación, grave para muchos, no puede dejarnos indiferentes. Después de un breve recorrido por la experiencia de Francisco os invito a celebrar la Navidad desde la perspectiva de la minoridad vivida con gozo en el hoy de un mundo donde abunda la pobreza y el deterioro de la creación nos desafía. Tratar de vivir los valores que nos ha transmitido Francisco: acogida gozosa de la Palabra, agradecimiento por todos los bienes que recibimos de Dios -en primer lugar el don de su Hijo (cf. Adm 1, 17)-, cercanía y servicio a los hermanos con los que vivimos, encuentro con Dios en lo sencillo y pequeño de la vida, compartir las condiciones de vida de los pequeños de la sociedad y estar a su servicio restituyéndoles nuestros bienes. Será sin duda la mejor manera de celebrar la gran noticia del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús nacido en Belén, y el mejor testimonio que podemos dar de esa buena y gran alegría a nuestro mundo, profundamente necesitado de ella.

A todos vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, os deseo una celebración sencilla, gozosa y solidaria del nacimiento del Señor, y que su Espíritu nos mantenga la pasión por Dios y por la humanidad en el 2009. ¡FELIZ NAVIDAD!

Roma, 8 de diciembre de 2008,
Solemnidad de la Inmaculada Concepción
Reina y Madre de la OFM




Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Ministro General